

## Mujeres viajeras

MAYABEL RANERO CASTRO\*

**L**OS RELATOS DE VIAJEROS han sido considerados a un tiempo obras artísticas e históricas desde hace varias centurias. Fuente valiosa para el conocimiento de realidades diferentes a las propias, pueden tomar deleitoso sentido estético, tanto en su forma textual como plástica. La historiografía mexicana reconoce como particularmente importantes dos grandes tipos de relatos de viajeros: las crónicas del siglo XVI que revelaron las novedades y prodigios del continente americano y los relatos de viajeros del siglo XIX; éstos últimos destacan por lo numeroso de sus producciones y el papel central que revistieron en el proyecto sociohistórico del imperialismo decimonónico.

Tales empresas épicas y heroicas fueron realizadas mayoritariamente por varones. Pocas fueron las mujeres viajeras y más reducidas aún aquellas que plasmaron por escrito sus andanzas. A pesar de estos limitantes, algunas viajeras pudieron escribir obras de viaje que contribuyen no sólo al conocimiento del México decimonónico —su destino de viaje— sino a la propia situación de una mujer observante y actuante en las sociedades coloniales americanas que en tal centuria iniciaban su vida independiente.

Este trabajo se dedica a analizar y relacionar la obra *La vida en México* de Frances E. de Calderón de la Barca con otros textos de viajeras decimonónicas, especialmente el de Paula Kolonitz, la otra visitante que escribió sobre México. Buscamos atisbar la forma en que se construyó una imagen del país y su gente, un retrato del México del siglo XIX que fue

\* Dirigir correspondencia a la Facultad de Sociología, Universidad Veracruzana, Francisco Moreno y Ezequiel Alatríste, Col. Ferrer Guardia, Xalapa, Veracruz, tel. (01) (228) 8-15-24-12, 8-15-24-90 y 8-15-68-29, e-mail: mayabelranero@yahoo.com.mx.

referencia para muchos lectores de ese siglo y las dos centurias posteriores. Además de este *constructo* nacional, nos interesa analizar las formas en que las viajeras concebían su propio papel de observación participante, lo cual perfilaba particulares estrategias discursivas y determinadas selecciones temáticas.

## 1. EL MISTERIOSO MÉXICO COMO DESTINO DE VIAJE

El acceso a Nueva España, la más rica posesión americana del Imperio español, estuvo casi totalmente vedado a otras potencias europeas durante los tres siglos de dominio hispano. Acabado éste, hubo mucho interés de tales potencias imperiales por relacionarse con México, que había sido uno de los mayores productores de plata del mundo y que, además, era poseedor de cuantiosas riquezas naturales. A partir de la década de 1820 llegaron a suelo mexicano muchos visitantes a realizar proyectos políticos, económicos o artísticos, bien a título individual o como representantes de entes gubernamentales, mineros o comerciales. Muchos dejaron constancia del tránsito en obras que en conjunto conocemos como relatos de viajeros. Podemos definir éstos como obras textuales (a veces acompañados de registros icónicos<sup>1</sup>) que dan constancia del conocimiento de lugares, situaciones y personas que representan novedad para quien relata. El viaje puede reconstruirse al recordarlo, una vez que el viajero ha regresado al punto de origen, que como referente está presente al elaborar su testimonio. Los textos generalmente se escriben en primera persona, manifestando la opinión particular y usando extensamente el recurso analógico para describir objetos, seres, prácticas e instituciones. Es frecuente también que la descripción alterne con la valoración, donde se resalta la *perspectiva del mundo* de quien escribe.<sup>2</sup>

Los relatos de viajeros son elocuentes producciones del siglo XIX. Debe considerárseles elemento protagónico del proyecto económico, político e

<sup>1</sup> Por las especiales características de las obras de artistas viajeros remitimos a los indispensables trabajos de RAMÍREZ, 1982 y DIENER, 1996.

<sup>2</sup> No es intención de este trabajo ahondar en las complejas particularidades de la *escritura femenina*. Algunas aristas de la polémica pueden consultarse en GARGALLO, 2004, pp. 129-146 y DURAN, 2004.

ideológico del imperialismo decimonónico.<sup>3</sup> Junto a las obras de estadistas, artistas, militares, cartógrafos, comerciantes y diplomáticos, acometieron la tarea de cartografiar, conocer y describir los entornos coloniales para que, una vez realizada la apropiación simbólica, se procediera a su dominio material. Concebir de esa forma a los relatos de viajes hace que éstos adquieran una significación mayor a la que cada texto (o conjunto de textos) pudiera suponer.

Los relatos de viajeros a México en términos cuantitativos forman un extenso *corpus* textual que rebasa el medio millar de obras.<sup>4</sup> De entre todas ellas destacan el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España* de Alejandro de Humboldt (1804) y *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país* de Frances Erskine de Calderón de la Barca (1843). El *Ensayo...* de Humboldt es una obra de corte científico con base estadística que bien puede ser considerada, dada su índole colectiva, la última gran obra de la Ilustración novohispana.<sup>5</sup> *La vida en México*, en cambio, se ubica en un universo discursivo distinto: formalmente se compone de epístolas que la autora envió a corresponsales de Norteamérica donde describía las minucias de la vida mexicana: sus prácticas gastronómicas, religiosas, recreativas y familiares. Estilísticamente es una obra deliciosa en la que se despliega el fino sentido del humor y sarcasmo de una mujer culta interesada en el orbe cultural hispánico, con una apertura intelectual, moral y estética de la cual carecen las obras de muchos viajeros, que tuvieron quizá una intencionalidad similar, pero recursos distintos para abordar una realidad compleja como la mexicana, contrastante con el horizonte ideológico desde el cual se observa, se significa y se refiere.

Por tales fundamentos, nos parece *La vida en México* lo más logrado de nuestra literatura de viajes. Para su estudio procederemos primero a realizar la ubicación de la autora como escritora de relatos de viaje en su momento histórico. Posteriormente referiremos a *La vida en México*, que

<sup>3</sup> Remitimos a la indispensable obra de Edward W. SAID, *Cultura e Imperialismo*, 1996.

<sup>4</sup> GUNN, 1985, p. 9.

<sup>5</sup> ORTEGA Y MEDINA, 1991, pp. XLIV-XLV.

será la parte medular de este trabajo, para analizar como colofón la obra de Paula Kolonitz, otra visitante que llegó décadas después a nuestro país. Realizaremos una somera comparación entre dos textos de diferente horizonte histórico, intencionalidad estético-política y, en consecuencia, de distinto reconocimiento historiográfico.<sup>6</sup>

## 2. MUJERES EN MARCHA

Las viajeras nos encontramos en serios aprietos. Si no decimos nada más de lo que se ha dicho ya, somos aburridas y no hemos observado nada. Si decimos cosas nuevas, se burlan de nosotras y nos acusan de fabulosas y románticas.

LADY MARY MONTAGU  
Constantinopla, 1718

Cuando pensamos en viajeros célebres generalmente lo hacemos en masculino. La tradición del clasicismo grecolatino configuró un viaje azaroso como una *Odisea*, en recuerdo a las muchas asechanzas que sufrió Ulises. El veneciano Marco Polo tiene un lugar destacado en los recuentos de trashumantes, así como los peregrinos cristianos y musulmanes en tránsito devocional a Medina, La Meca, Santiago de Compostela o Tierra Santa. En los siglos XV y XVI, cuando se llevaron a cabo los viajes de exploración, marineros y soldados emprendieron travesías marítimas que dieron fama a los nombres de Cristóbal Colón, Fernando de Magallanes, Hernán Cortés, Pizarro... Entre los naturalistas viajeros del siglo XVIII no es conocida una taxónoma equiparable a Carlos Linneo o al capitán James Cook, y en el fecundo campo de la ficción, no existe una contraparte femenina de Robinson Crusoe o una Dra. Gulliver.

El siglo XIX enaltece la memoria de exploradores del África negra como el Dr. David Livingston o Richard Burton. Mas la ausente presencia de

<sup>6</sup> La obra de *madame* Calderón ha sido ampliamente usada por la historiografía del siglo XIX mexicano dado su gran valor histórico, en el sentido amplio del término. Por ejemplo, Silvia M. ARROM (1988) acude constantemente a ella en el estudio de las mujeres de la ciudad de México en la primeras décadas del siglo XIX. Charles HALE (1999) también con frecuencia le usa en su clásico estudio del liberalismo mexicano, por citar sólo a dos de los muchos estudiosos que reconocen en esta obra valor e interés. Para ampliar la cuestión de la naturaleza histórica y literaria de este tipo de obras puede consultarse PERUS, 1997.

las mujeres en las labores de exploración, descubrimiento, conquista o peregrinaje en parte obedece a las diferentes prácticas y concepciones de los dos sexos, así como a vigorosos asertos discursivos. El régimen sociohistórico patriarcal de raíz judeo-cristiana concibe como diferentes las “naturalezas” femeninas y masculinas: a éstos les concibe como racionales, fuertes y autónomos, capaces de determinación, imposición y movimiento; a aquéllas les considera de primacía irracional y sentimental, pasivas, débiles y subalternas. La reproducción biológica de la especie, el cuidado de los hogares domésticos, la socialización de las generaciones nuevas se consideran de su exclusiva competencia, dejando el mundo de *fuera* del entorno doméstico a la competencia masculina: el trabajo remunerado, el movimiento, la conquista y el descubrimiento.

En esta concepción polar del mundo femenino y masculino, el viajar no era precisamente labor de mujeres. En la escasa presencia femenina en labores de viajes religiosos o exploratorios se han resaltado unos aspectos y olvidado otros de las viajeras; se destacan los “atentados” contra la honestidad o castidad y demeritan virtudes como la fe, la valentía, el arrojo o la *hombria*. Se resalta, por ejemplo, la presencia o ausencia de belleza, de virtud o la promiscuidad sexual, cualidades que difícilmente se resaltarían en un varón. Tal estrategia discursiva forma parte del complejo ideológico arriba aludido, que con matices padeció y padece Europa occidental y que se extendió junto a su dominio militar, político y económico a los entornos americanos, africanos y asiáticos.

Con esas posibilidades y limitantes algunas mujeres occidentales se pusieron en marcha. Pero su conocimiento debe recuperarles fuera de la corriente principal del saber colonial eurocéntrico<sup>7</sup> y androcéntrico,<sup>8</sup> así como adicionalmente se debe destacar su pertenencia de clase: casi sin excepción todas las viajeras fueron mujeres pudientes, poderosas, cultas. Por ejemplo, Santa Helena —madre del primer emperador romano convertido al cristianismo, Constantino— fue la iniciadora de los viajes a Tierra Santa para coleccionar reliquias cristianas.

<sup>7</sup> SAID, 1996.

<sup>8</sup> LAMAS, 2006.

La primera gran viajera española fue Egeria. Dama de posición acomodada, posiblemente abadesa, recorrió con séquito y escolta las carreteras romanas de Galicia hasta Constantinopla. El viaje a Tierra Santa realizado entre los años 381 y 384 fue consignado en su correspondencia personal escrita en latín y dirigida a sus hermanas. Dichas cartas constituyen su libro *Itinerario*:

El primer libro español de viajes, magnífico diario donde abundan los detalles, las descripciones de personas, lugares y liturgias. Documento imprescindible para conocer cómo se vivía en el Oriente próximo hacia el siglo IV y cómo eran los ritos de la iglesia cristiana en Jerusalén. En él podemos apreciar la fina ironía de una viajera que nos habla del significado religioso de su viaje [...] o de lo que le costó escalar el monte Siná.<sup>9</sup>

Reinas, nobles y religiosas continuaron visitando los Santos Lugares y realizando peregrinaciones a sitios consagrados, periplos con sentido de búsqueda mística, probatoria devocional y experiencia de crecimiento personal. Experiencias que en ocasiones cargaron con el descrédito que el peregrinaje medieval en extenso supuso, pero que se agudizó en el caso de las mujeres. Algunos religiosos varones como el franciscano Bertoldo de Ratisbona llegaron a afirmar que las peregrinaciones de mujeres no eran positivas, ya que suponían más pecados que indulgencias.<sup>10</sup>

La ruptura de las clausuras medievales del llamado “siglo de la exploración” permitió que algunas mujeres se incorporaran a las labores descubridoras, bajo motivaciones similares a las de los varones: buscar la fortuna que en sus sociedades de origen les estaba vedada. Los españoles de ambos sexos que en el siglo XVI se lanzaron a “hacer la América” pertenecían a los estratos más bajos de la sociedad hispana, con poco o nulo acceso a la propiedad de la tierra o al desempeño de cargos y sinecuras en las administraciones monárquicas y eclesiales.

A fines del siglo XV y sobre todo en el XVI, las mujeres españolas arribaron a América primero en números reducidos al momento de la con-

<sup>9</sup> MORATÓ, 2001, p. 40.

<sup>10</sup> MORATÓ, 2001, p. 45.

quista, para incrementarse durante la colonización, cuando su presencia resultaba indispensable.<sup>11</sup> Resalta allí la donostiana Catalina de Erauso, la *monja Alférez*, que tomó parte en la conquista chilena en la que obtuvo el grado militar. Partícipe de cruentas batallas, destacó por su valor y arrojo, que le hizo ser recibida como heroína cuando retornó a España en 1624. Al final de su vida ella resumió así su existencia: “Me embarqué, me alisté, maté, herí, maleé y correteé”.<sup>12</sup> Otra viajera conquistadora fue Inés Suárez, quien llegó a las regiones más australes de Chile bajo el mando de Pedro de Valdivia, convirtiéndose después de numerosas vicisitudes en gobernadora hacia 1551. Pero aludir con sus nombres las experiencias notables de algunas mujeres fuera del común, como toda selección deja fuera de la nómina a muchas otras experiencias vitales de mujeres que —como los hombres— participaron en la empresa de conquista y colonización de América con una mezcla de necesidad, valentía, impulso cristiano de vencer al infiel y deseo de fama y fortuna en la tierra de promisión que era el Nuevo Mundo.

### 3. FIN DE LA COLONIA Y EL SIGLO XIX

Hacia el siglo XVIII se realizó una profunda reconfiguración en el juego de fuerzas de las monarquías europeas. España que recibió de América ríos de plata y oro, vio minar sus riquezas hacia la mitad del siglo XVII, para ceder el paso al poderío de Inglaterra y Francia, que lograron pactar la sucesión hispana y colocar a Felipe V de Borbón en el trono de España.

Este posicionamiento imperial en Europa tuvo su necesario correlato en los otros continentes. El momento que marca tal expansión física y simbólica fue la invasión napoleónica a Egipto en 1798. Era una valiosa ubicación geoestratégica, que controlaba el paso hacia la India y los dominios árabes del Oriente próximo, conjunto de destinos a los que

<sup>11</sup> Las primeras mujeres migrantes provenían de Andalucía y Extremadura, aunque con el tiempo se fueron incorporando oriundas de otras zonas. PUMAR, 1991, pp. 8-19.

<sup>12</sup> MORATÓ, 2001, p. 51.

arribaron notorios viajeros artistas, comerciantes y diplomáticos: los señeros artífices del orientalismo.<sup>13</sup>

Una de las viajeras-nobles más celebres del siglo XVIII fue la aristócrata inglesa Mary Montagu, que vivió en Constantinopla como esposa del embajador inglés ante el Imperio Otomano. Montagu era una mujer culta de formación autodidacta que disfrazada como árabe exploró bazares, tiendas y mezquitas, todo lo cual describió con *exotismo oriental* en cartas que le reportaron fama en los círculos ilustrados europeos, publicadas tras su muerte en 1763. Pero la simpatía de Montagu por la vida oriental no siempre fue compartida por otras británicas que formaron parte de la empresa imperialista en lejanos rincones coloniales como esposas de funcionarios, misioneros o diplomáticos. Otras viajeras dieron cuenta de distintos destinos en forma arrogante que todo crítica: los medios de transporte, la incomodidad, la falta de higiene, el pecado y la fealdad de españoles, africanos, malayos... En ese grupo se ubican Frances M. Elliot, autora del *Diario de una mujer ociosa por España* (1884) y de similares libros sobre Italia, Sicilia y Constantinopla, así como Ida Pfeiffer, cuyas narraciones son producto de sus dos viajes alrededor del mundo.<sup>14</sup>

Otras viajeras se embarcaron a destinos americanos, compartiendo algunos de esos rasgos problemáticos, políticos y estilísticos. Dos de las mejores muestras son Flora Tristán, autora de *Peregrinaciones de una paria* (1838), quien narra su experiencia en el Perú convulso, y María C. Graham, quien escribió *Viaje a Brasil y Crónica de una residencia en Chile* (1824). La estrechez económica en la que vivía, impulsó a Tristán a embarcarse hacia Perú buscando recuperar algo de la herencia paterna, sin éxito, aunque en esos trámites pasó un año en Lima en casa de sus familiares. La ardua vida de Flora en Europa y su residencia peruana radicalizaron sus posturas políticas. Se convirtió en activista en Inglaterra y Francia, en una feminista socialista que abogaba por una transformación radical de la sociedad, “por los derechos de los obreros, la total emancipa-

<sup>13</sup> SAID, 2002.

<sup>14</sup> MORATÓ, 2001, pp. 97-140.

ción de las mujeres y la pacífica reorganización de la sociedad bajo cooperativas”.<sup>15</sup>

María Graham provenía de una familia de marineros y recibió desde temprano una formación “ilustrada”. A los veinte años viajó a la India con su padre, para retornar una década después como mujer casada. Publicó tres libros de viajes a la India e Italia y fue la velada redactora del relato de la expedición de Lord Byron a los Mares del Sur en 1824-1825. Sus libros de viajes en Sudamérica rezuman “benevolencia” a las sociedades chilena y brasileña que le acogieron al enviudar en el Nuevo Continente.

Ambas viajeras se caracterizan por su agudo sentido de la observación de las sociedades visitadas. Despliegan perspectivas diferenciadas y alternas de los espacios públicos y privados, donde realizan disquisiciones personales y políticas. Fueron sagaces observadoras de los conflictos interiores de las sociedades visitadas, así como de su propio papel de observación y calificación. Comparando sus testimonios con los de viajeros en América del Sur, Mary Louise Pratt establece:

Si la tarea de los hombres era recoger y poseer todo lo demás, estas viajeras buscaban en primer lugar y por sobre todo, recoger y poseerse a ellas mismas. Su reclamo territorial fue el espacio privado, un imperio personal de las dimensiones de una habitación. Desde estos reductos privados del propio yo, Graham y Tristán se describen a sí mismas emergiendo para explorar el mundo en expediciones circulares que las transportaban a lo nuevo y a lo público, para volver después a lo conocido y clausurado.<sup>16</sup>

Tal interés y capacidad de concentrarse en el espacio íntimo del yo y su morada inmediata (la habitación propia) y el despliegue exterior del foro a la plaza no radican —según Pratt— en una “natural” inclinación de las mujeres hacia los ámbitos domésticos o caseros, sino a formas diversas de constituir el conocimiento y la subjetividad.<sup>17</sup>

<sup>15</sup> Flora Tristán fue reivindicada como temprana feminista después de la Segunda Guerra Mundial y especialmente después de los años setenta.

<sup>16</sup> PRATT, 1997, p. 122.

<sup>17</sup> DURAN, 2004.

Las perspectivas múltiples, que atienden esos niveles del accionar de las ciudades sudamericanas (fuera-dentro, casa-plaza, América-Europa, ricos-pobres y muchas más polaridades que buscaban perfilar la compleja dinámica social) son las que han dado a estas obras el valor sociohistórico de describir el siglo XIX según la perspectiva de mujeres no-americanas, pertenecientes a estratos burgueses ilustrados, que destacan aristas y profundidades que no atendían otros observadores. Ése es el valor que tiene la obra de Frances Erskine de Calderón de la Barca en la literatura de viajes mexicana, que comparte algunos rasgos con las obras de Tristán y Graham, así como particularidades que enseguida comentaremos.

#### 4. UNA ESCOCESA ILUSTRADA EN NORTEAMÉRICA

Los numerosos viajeros decimonónicos, autores de obras en textos e imágenes, hicieron las delicias de los recién creados públicos lectores y espectadores formados por la novel industria cultural. Pero a ese acotado mundo editorial las mujeres tenían acceso aún más restringido que a los viajes mismos. Los casos que conocemos son excepcionales por muchas razones, y se trató de escritoras viajeras de alta posición social que les abrió las puertas del mundo editorial. A veces publicaban con un pseudónimo y en ocasiones daban a conocer sus impresiones hasta alcanzar una edad madura o conseguir un lugar social de cierto sosiego o “discreción”.

Este último caso fue el de la autora de *La vida en México*. Frances Erskine Inglis nace en Edimburgo (Escocia) en 1806 en una familia de mediana condición, que después se traslada a Norteamérica, estableciéndose en Boston, donde funda un colegio para señoritas.<sup>18</sup> En Boston, su familia se relaciona con el influyente círculo de hispanistas, comandado por William Prescott,<sup>19</sup> donde ella conoce en 1838 al ministro plenipo-

<sup>18</sup> TEIXIDOR, 1997, p. XVII. En estas observaciones biográficas seguimos al autor del “Prólogo” a *La vida en México*.

<sup>19</sup> Autor de *La Conquista de México* (1843), reconocido en su momento como uno de los mejores libros sobre dicho proceso histórico, además de un éxito de librería: “En Norteamérica, los editores Harpers vendieron 4 000 ejemplares en cuatro meses.[...] No tardó en traducirse a casi todas las lenguas. Primero al español, y antes que en España, en México, en donde en 1844 [...] aparece en dos traducciones, la de José Ma.

tenciario de España en Estados Unidos, Ángel Calderón de la Barca, con quien se casa ese mismo año. En 1839 Ángel es nombrado ministro en México, país hacia donde parte el matrimonio para permanecer en él dos años. Desde allí Frances escribió asiduamente a su familia en Norteamérica; del conjunto de cartas eligió cincuenta y cuatro para ser publicadas en inglés bajo el entusiasta apoyo de Prescott.

La primera edición de la obra vio la luz en esa ciudad en 1843 y casi inmediatamente en Londres. Su título original fue: *Life in México during a residence of two years in that Country*. By. Mme. C. de la B. In Two Volumes. Boston. Charles C. Little and James Brown. Para ambas ediciones el impulso moral y material de Prescott fue capital, quien así lo declara en el “Prefacio”. *La vida en México* gozó de una entusiasta recepción entre el público inglés y norteamericano, y gracias a ello, rápidamente se sucedieron otras dos ediciones en inglés, que vieron la luz de forma casi simultánea a la obra de Prescott. Ello contribuyó a poner a México de nuevo en el centro de la atención metropolitana, pues la obra de Humboldt se estaba “empolvando en los anaqueles”.<sup>20</sup>

A diferencia de la positiva apreciación de *La vida en México* de ingleses y estadounidenses, los intelectuales mexicanos le consideraron una obra burlona, injuriosa o intrascendente.<sup>21</sup> Aunque se editó en México hasta 1921, desde 1844-1845 fue conocida por los círculos de literatos y políticos que, acabado el fuego de las guerras civiles, invasiones y asonadas, se dieron a la tarea de reconstituir la vida pública mexicana. El patriarca de todos ellos, Ignacio M. Altamirano le juzgó de la siguiente forma:

González con notas de Lucas Alamán editado por V. García Torres, y la de Joaquín Navarro, editada por I. Cumplido con notas de José Fernando Ramírez. En términos económicos el éxito editorial se tradujo en once mil dólares recibidos por derechos de autor sólo de las ediciones británica y estadounidense” (TEIXIDOR, 1997, p. XVIII). Debemos resaltar las estrechas conexiones de autores y editores que en México (y fuera de él) se dieron a la tarea de construir una idea del pasado y presente del país. Frederick Catherwood fue quien presentó por primera vez imágenes de las ruinas mayas. Los editores mexicanos de Prescott, García Torres y Cumplido, comandaron las dos empresas editoriales más relevantes de la centuria.

<sup>20</sup> TEIXIDOR, 1997, p. IV.

<sup>21</sup> Un escritor menor considera que siempre le parecerá una profanación confundir a *madama* Calderón de la Barca con *madame* Stäel o *lady* Montagú. Martínez de Castro a propósito de la obra de Isidoro Löwernstern en *El Liceo Mexicano* de 1845. TEIXIDOR, 1997, pp. IX-X.

“Después de Humboldt casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Löwernstern y la señora Calderón de la Barca hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndoles sus sátiras menipeas contra nosotros”.<sup>22</sup>

Es posible que tales críticas llegasen a oídos de la propia Frances, que poco gustaba hablar de su obra años después.<sup>23</sup> Pero en nuestros días *La vida en México* puede apreciarse de otra forma; es inquisición polifónica y poliédrica, que atisbó los asuntos públicos tanto como los rincones íntimos, buscando entender una razón que no es la propia, unas prácticas distintas a las familiares. Allí consideramos que radica su valor, pero tal ángulo de mirada no fue cómodo porque en muchas ocasiones el tópico descrito e interpretado era inconveniente, incómodo o deslucido.

## 5. UNA RESIDENCIA EN MÉXICO

Frances E. Inglis (no en balde conocida por su nombre de casada) viajó en calidad de consorte a México, desde donde mantuvo contacto epistolar con familiares que vivían en Estados Unidos. En tales cartas iba narrando las realidades mexicanas con las que tomaba contacto, muchas de ellas condicionadas por su papel de esposa del primer embajador español en México, nombrado tras años de distancia y belicosidad entre la metrópoli y su ex colonia. Por ello buena parte de su vida en México transcurrió en encuentros sociales, que Frances acometía no sin dejar constancia de su opinión sobre los mismos.

La forma epistolar en que se construyó la obra fue ampliamente usada por los viajeros. Es un recurso narrativo interesante porque evidencia los momentos de la producción y recepción del mensaje; en cada carta ellos se actualizan dando además pábulos para manifestar sus cambiantes esta-

<sup>22</sup> TEIXIDOR, 1997, p. IX. Las *sátiras menipeas* son las que siguen el modelo de Menipo (siglos IV-II a. C.), poeta y filósofo griego de la escuela cínica.

<sup>23</sup> Algunos viajeros mexicanos que le conocieron en Estados Unidos, como Justo Sierra O'Reilly, anotaron tal “rechazo”. TEIXIDOR, 1997, p. IX.

dos de ánimo. Las cartas seleccionadas para la edición de la obra fueron escritas con una periodicidad muy corta, a veces de día por día, y su extensión oscila entre ocho y diez folios. Además de su voz, la autora transcribió algunos textos oficiales y periodísticos del momento, como el *Boletín de Gobierno*, el *Calendario de las señoritas mexicanas* y *El mosaico mexicano*, lo que le mereció muchos elogios. También copió epístolas de personajes señeros como Antonio López de Santa Anna, proclamas de Valentín Gómez Farías, del presidente Anastasio Bustamante, amén de citas bíblicas y de literatos y poetas románticos europeos, como el *Gordon Childe*.

Esta pluralidad de voces (polifonía) le da a la obra la riqueza interpretativa que se aúna a las incisivas alusiones de la autora a personajes y situaciones glosados. También la riqueza comunicativa de *La vida en México* comprende testimonios que si bien no son de primera índole textual, sí son descritos mediante la *littera*: por ejemplo, los pequeños objetos que Frances enviaba a Estados Unidos como dulces y figuras de cera que representaban tipos mexicanos. Éstos últimos fueron apreciados como *souvenir* entre los viajeros europeos. Frances cita que un caballero obsequió a un español doce cajas de doce figuras cada una, que representaban:

Algún oficio mexicano, profesión o empleo [...] tlachiqueros extrayendo el jugo del maguey; indias vendiendo legumbre; *tortilleras*; vendedores de patos, de frutas, de manteca; el correo de Huachinango cargado de monos y papagayos mucho más que de cartas; la campesina poblana; la *rancherita* montada a caballo, acompañada de su criado; el rancho con su alegre indumentaria; en fin, una historia de México en miniatura, y en cera [...] <sup>24</sup>

Al hablar de la calidad de tales representaciones Frances reflexiona sobre los talentos artísticos de sus hacedores, de forma similar a como hicieran muchos otros viajeros observando esculturas pétreas de la “gentilidad mexicana” (los tiempos prehispánicos):

<sup>24</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 167.

Os envío en una caja [...] una figura de una tortillera mexicana para que tengáis una idea, aunque sea superficial, del primor con que cualquier lépero esculpe en cera. Son los herederos de aquella increíble paciencia que permitía a los antiguos mexicanos esculpir sus estatuas de madera o piedra, con los instrumentos más primitivos, y también de su talento igual al de los chinos, para imitar a la naturaleza. [...] Pero carecen de imaginación. No salen del camino trillado y continúan copiando los modelos que trajeron los conquistadores europeos, aunque muchos de ellos sean de gran belleza.<sup>25</sup>

Resaltamos el símil oriental que acerca las realidades nativas mexicanas, las de los *léperos* (indios y mestizos ciudadanos, vagabundos y *malvivientes*) al Oriente: sea chino como en esta cita, egipcio o turco, cuando describe desiertos, modas, cojines, pirámides, mercados... Mas si la antigüedad mexicana era *oriental*, el presente que ella conoció es derivación directa del modo de ser y pensar *español*: la fisonomía, los vestuarios, la herencia de la situd e indolencia.

Acotaremos dos campos del complejo retrato estereoscópico que pintó la marquesa del México decimonónico: sus opiniones sobre la política mexicana, así como su paso y examen por el mundo de las mujeres: campos analíticos, pues la obra sigue un orden cronológico y territorial, atendiendo a la residencia en la ciudad de México y a los recorridos a sus inmediaciones.

## 6. UN ATISBO A LA POLÍTICA MEXICANA

Las consideraciones sobre la política mexicana de la década de 1840 tienen dos características interesantes: su acuciosidad y al mismo tiempo su aparente “des-politización”. El primero de los caracteres se despliega al comentar dos notorios pronunciamientos (en julio de 1840 y agosto de 1842), los personajes señeros y las reacciones populares. Para ello echa mano de textos, periódicos y opiniones distintas a la suya para declaradamente dar una mejor idea a su lector porque “toda

<sup>25</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, pp. 166-167. Afirmaciones semejantes respecto al talento artístico nativo pueden leerse en las obras de los primeros viajeros del siglo, como el embajador inglés Henry G. Ward o Humboldt.

historia tiene dos caras”.<sup>26</sup> Pero junto al detalle preciso, la autora declara su “desconocimiento” de la política mexicana y que si se introduce a tales campos “no femeninos”, lo hace sólo por idea de supervivencia:

Escribo más bien con la mira de ocupar mis pensamientos que con la esperanza de interesaos, pues me temo que empezáis a estar aburridos de mi “revolucionaria” misiva. Como dice un mexicano muy inteligente: “Hace algunos años nos soltamos dando *gritos*: eso fue en la infancia de nuestra independencia: ahora comenzamos a *pronunciar*. Sólo Dios sabe cuándo habremos de alcanzar la edad madura para *hablar* claro, y puedan así entender lo que queremos decir”.<sup>27</sup>

La síntesis del desenvolvimiento político realizada metafóricamente alude al *grito de Dolores* de 1810 (inicio de la guerra de independencia) y al momento de los pronunciamientos de las décadas subsiguientes, que debían culminar con un estado adulto que hablara claro, superando los estados infantiles anteriores. Ello enriquece el capítulo que detalla los movimientos de las facciones en pugna, de la población afectada, del comportamiento de las legaciones extranjeras, al mismo tiempo que atiende a los requerimientos domésticos de la casa de los Calderón de la Barca, que por encontrarse lejos de la zona de los conflictos, recibió a muchos refugiados que allí se resguardaron junto a sus posesiones valiosas. Estas son algunas de las razones por las que la obra de la marquesa es valiosa y popular: las perspectivas múltiples conjuntan la visión política de los distintos bandos con las minucias de la vida cotidiana, así como la exploración interior de la autora al retratarles.

La conciencia múltiple que involucra de lleno al *yo* que escribe tiene un impacto positivo en la recepción del texto, que permite una identificación con la escritora, que en vez de instaurarse como voz calificada y competente en la descripción de las realidades mexicanas, declara su

<sup>26</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 173.

<sup>27</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 177.

*incompetencia* y su *desconocimiento* de las mismas. Este rasgo se encuentra presente en otras mujeres-escritoras de viajes a Sudamérica, que en vez de autoedificarse como viajera (o), científico, explorador y nominador (que fija nombre y con ello existencia) se establece en una dinámica que Pratt llama de *la anti-conquista*.<sup>28</sup>

La declarada *incompetencia* de la viajera-escritora no sólo toca los ámbitos políticos, sino otros que suponen la formalización de un saber, como la minería en México, donde la marquesa remite a las obras de quienes *sí saben*, viajeros varones que precedieron sus pasos:

Para todos estos temas os remito a Humboldt y Ward, que se ocupan de ellos doctamente, y no he de fastidiaros con observaciones superficiales acerca de una materia tan importante. Además, debo confesaros que las más de las veces mi atención, desentendiéndose de las minas y de las máquinas, y de las obras del hombre y de las discusiones que a propósito de ello se suscitaban, se concentraba en la soberbia naturaleza que nos rodeaba [...] Todo ello concurre para acrecentar nuestra admiración hacia la munificencia de natura para esta tierra privilegiada, a la cual ha dado abasto “de toda hierba que lleva semilla y de todo árbol que es amable a la vista y bueno para nutrir”, mientras que en sus venas corre la riqueza de los metales preciosos: lo útil y lo bello concedido con mano pródiga.<sup>29</sup>

El político no era el tópico favorito de la marquesa, que prefería atender objetos costumbrísticos, religiosos o festivos. No obstante, justifica reiteradamente su inmersión:

Debo dar fin a esta carta sólo citando, en mi descargo, lo que decía *Madame* de Stäel en respuesta a aquello de que “las mujeres no deben ocuparse en la política; quizás así sea, pero cuando a una mujer le van a cortar la cabeza, ¿no es natural que pregunte siquiera por qué?” Lo mismo digo, pues cuando se oyen silbar las balas, y las granadas caen muy cerca, debe considerarse *muy lógico y muy femenino* investigar las causas de semejante fenómeno.<sup>30</sup>

<sup>28</sup> PRATT, 1997, pp. 75-156 y 253-300.

<sup>29</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 129. Reflexión en Real del Monte, una de las mayores explotaciones mineras del Altiplano mexicano.

<sup>30</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 185.

En general el tono que priva en sus apreciaciones políticas es de un moderado conservadurismo en esos turbulentos años de pronunciamientos frecuentes. Recordemos que hacía menos de una década que el México independiente buscaba una forma de gobierno entre el federalismo y el centralismo, sufrido la invasión francesa en 1838 y la violenta separación del estado de Texas que a la postre desencadenaría la guerra con Estados Unidos.

En ese panorama, las filiaciones hispanizantes de la marquesa compatibilizaban con las amistades de la elite mexicana en parte herederas de familias pudientes españolas.

A diferencia de ella, a la autora le parece que las mujeres mexicanas sí poseen mucha competencia política, tema que *sí* dominan, mas no la marquesa que carece de *pretexto* para expresar sus comentarios:<sup>31</sup>

Se habla mucho de política, en la que no me meto, pues ya no tengo la excusa de *Madame Stäel* para hacerlo: pero dicho sea de paso, es la política un tema acerca del cual casi todas las mujeres mexicanas están muy bien enteradas, con un conocimiento práctico que es el mejor de todos, como una lección de Geografía aprendida viajando.<sup>32</sup>

El interés por la vida de las mujeres mexicanas es una constante que atraviesa toda la obra. Permanentemente refiere el físico, modales, vestidos, educación y devoción de los diferentes estratos femeninos que conoció en México. Es quizás este campo el que evidencia con más fuerza el carácter de exploración social<sup>33</sup> e inquisición interior que caracterizó a las viajeras en América: la agudeza para observar los conflictos de las sociedades criollas en difícil constitución, la exploración del lado oscuro de la ciudad, así como su faceta brillante: los bailes suntuosos, la ópera o las corridas de toros. Mujeres ricas y pobres, blancas y morenas, en solaz o trabajando.

<sup>31</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 193.

<sup>32</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 193.

<sup>33</sup> Rótulo tomado por Pratt de la obra de M. C. Hoock-Demarle, *Exploratice sociale*, del francés.

## 7. MUJERES MEXICANAS: LA UNA Y LA DIVERSA

No soy yo la que pensáis, sino es que allá me habéis dado otro ser en vuestras plumas y otro aliento en vuestros labios. Y diversa de mí misma entre vuestra plumas ando.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ,  
Nueva España, 1648-1695

Los primeros acercamientos de Frances a las mujeres mexicanas fueron con las damas prominentes de la sociedad criolla y con las mujeres que laboraban en su casa como sirvientas, cocineras y recamareras. Eran los dos polos de la estratificada sociedad mexicana, que fueron matizándose conforme aumentaban su conocimiento y sus relaciones. En esas fechas se acostumbraba que un recién llegado de buena posición recibiera la visita de encumbrados personajes que así le daban la bienvenida y, según la expresión mexicana, “se ponían a sus órdenes”. Frances consigna con todo detalle el vestuario de las mujeres que le visitaron, posiblemente a pedimento de sus corresponsales:

Durante estos últimos días nuestras piezas de recibo se vieron llenas de visitas, y mis ojos apenas empiezan a acostumbrarse a la ostentación de brillantes y de perlas, sedas, rasos, blondas y terciopelos, con los que las señoras nos han hecho su primera visita de etiqueta. Mencionaré, en vuestro obsequio, algunos de estos vestidos [...] <sup>34</sup>

Cuando “devuelve” la visita y conoce así las casas mexicanas describe el diferente atuendo que allí se usa, además del carácter y costumbres femeninas, que critica por su descuido y suciedad. Apunta, por ejemplo, el enorme contraste entre el aliño y ostentación en las visitas al “exterior” y el descuido al interior de las casas, lo que sólo se modifica en aquellas familias que han tenido contacto con el extranjero o han conocido las costumbres europeas.

Esta indolencia [...] está pasando de moda, especialmente entre la gente joven de la sociedad, quizás debido a su más frecuente trato con los extranjeros, aunque probablemente ha de pasar mucho tiempo antes de que la mañana en casa deje de conside-

<sup>34</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 62.

rarse, en tiempo y lugar, el sitio privilegiado para andar a medio vestir. No obstante he hecho muchas visitas a donde encontré a toda la familia muy bien puesta y arreglada, pero pude darme cuenta de que en estos casos los padres, y lo que es aún más significativo, las madres, han viajado por Europa y a su regreso han establecido un nuevo orden de cosas.<sup>35</sup>

Estas líneas pueden leerse como expresión de la “misión civilizatoria” del *gusto, cuidado, elegancia y aliño europeo* impuesto sobre la indolencia mexicana. Es una constante en muchas obras de viajeros, que se aplica a la consideración de muchos problemas nacionales (tanto individuales como problemáticas económicas o políticas: el poblamiento de “espacios vacíos”, desarrollo de industrias, cultivo de especies nuevas, etc.) que se pensó debía *venir de fuera*, realizarse por extranjeros que no *padecían* de los atávicos defectos nacionales y que podían *inocular* a los mexicanos sus virtudes de moral elevada, mística de trabajo, laboriosidad...<sup>36</sup>

En lo relativo a la hermosura de las mexicanas, Calderón señala que sus mejores atributos (cuando existen) son: ojos y cabello oscuro, hermosura de brazos y manos, pequeño y bien formado pie, todo lo cual puede empañarse con las malas prácticas que sobre todo la clase alta citadina poseía: la alimentación disparatada, no realizar ejercicio, usar zapatos muy pequeños. Encuentra que al igual que en otras ciudades europeas —como Madrid— las mujeres más hermosas no son nativas de la capital, sino de las ciudades de provincia. Entre la gente del campo las *rancheritas* y las indias le recuerdan “la belleza de aquella que cautivó a Cortés”. Pero si las mexicanas no destacan físicamente, sí resaltan por su “amabilidad, cariñosos modales y deleitosa cordialidad”,<sup>37</sup> virtudes que declara no haber conocido fuera de México.

Las construcciones sobre el vestuario y belleza femenina, junto a los numerosos detalles mundanos que la autora consigna con detenimiento,

<sup>35</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 73.

<sup>36</sup> Ello puede observarse con mucha claridad en la obra *México y los mexicanos* de Carl C. Sartorius (1859). Dicho complejo ideológico después fue asumido por la intelectualidad mexicana que posteriormente a 1867 se dio a la tarea de construir un país *moderno*. En este caso los referentes civilizatorios eran Estados Unidos para el grupo de liberales, y Europa en general (Francia en particular) para los conservadores.

<sup>37</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 74.

han sido base para que algunos autores y autoras le consideren una obra frívola.<sup>38</sup> Otros de más aguzada mirada le han tomado como fuente para retratar la vida de las mujeres mexicanas decimonónicas<sup>39</sup> (sobre todo de la élite). Por ejemplo, Frances usa los calificativos de “*aristocracia e indolencia*” para explicar por qué las damas mexicanas rehusaban caminar por las calles de la ciudad, conjunción que nos parece interesante:

[...] en México no se practica el paseo a pie, que aquí se considera poco elegante; y aunque a veces algunas señoras vestidas de negro y puestas de mantilla se aventuren a andar a pie muy temprano en la mañana para ir a misa o de compras, están las calles en tan mal estado, y las aceras son tan estrechas, tan compacto el gentío, el hormigueo de léperos en andrajos tan molesto, que todos estos inconvenientes ofrecen una perfecta excusa para que las señoras no se dejen ver por las calles de México. [...] Después de todo, cada cual tiene sus pies; pero nada más las señoras tienen coches, y es quizás esta mezcla de *aristocracia e indolencia* la que no permite a las Doñas mexicanas profanar las suelas de sus zapatos con el contacto de la madre tierra.<sup>40</sup>

¿Mediante qué vías es que se crea y reproduce la “*aristocracia e indolencia*”? La educación le merece comentarios a Frances que cargan siempre con el doble estigma del demérito veraz y la comparación constante (que poco favorece a la circunstancia mexicana):

Me preguntáis cuál es la educación de las mujeres mexicanas. Para contestaros debo dejar de lado algunas brillantes excepciones y hablar *en masse*, la cosa más difícil del mundo [...] Hablando, por lo tanto, en términos generales he de deciros que [...] escriben, leen y tocan un poco, cosen y cuidan de sus casas y de sus hijos. Cuando digo que leen quiero decir que saben leer; cuando digo que escriben no quiero decir que lo hagan siempre con buena ortografía, y cuando digo que tocan no afirmo que posean, en su mayoría, conocimientos musicales. Si comparamos su educación con la de las muchachas de la Inglaterra o Estados Unidos, no es una comparación sino un contraste. [...] En cuanto a escuelas no hay ninguna que merezca ese nombre, y tam-

<sup>38</sup> POBLETT, 2000.

<sup>39</sup> Rosario Castellanos es uno de los mejores ejemplos. Cuando busca inquirir en la vida de las mujeres mexicanas de esa centuria en su reconocida obra de ensayos *Mujer que sabe latín* (1984), se basa íntegramente en Calderón de la Barca.

<sup>40</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 78.

poco se encuentran buenas ayas para el hogar doméstico. Las muchachas no pueden sentir la emulación, porque nunca se reúnen. Carecen de diversiones públicas y de entretenimientos en la casa [...]

No creo que existan más allá de media docena de mujeres casadas, y algunas muchachas por encima de los catorce, que lean un libro al año, con excepción del misal [...]. Pero si las muchachas mexicanas son ignorantes, muy rara vez se les echa de ver. Poseen por lo general un tacto sorprendente y nunca corren el riesgo de salirse de su medio, y jamás una palabra o un gesto traicionan su ignorancia acerca del tema que se discute. Aunque raras veces graciosas, nunca se aturden y siempre conservan el dominio sobre sí mismas. Tienen mucho talento natural, y cuando han sido educadas con esmero, no hay mujeres que puedan superarlas.<sup>41</sup>

Esta atención tanto a las carencias como a las dotes las extiende Frances más allá de la élite con quien tuvo inmediata relación. Observa a las indias vendiendo, laborando y caminando por las veredas aledañas a la ciudad; a las sirvientas con que trabó contacto, y alguna sobre la que buscó extender su protección y educación, a lo que la muchacha en cuestión se negó, pues debía “descansar” tal y como muchas otras lavanderas, sirvientas y recamareras que —según su óptica— buscaban sobre el trabajo, la holganza: “Mi doncella le pregunto por qué razón, siendo tan pobre, había dejado una buena colocación en la que ganaba doce pesos al mes. ‘Jesús’, dijo ella, ‘si supiera usted que sabroso es no hacer nada’”.<sup>42</sup>

Un punto interesante de *La vida en México* es su descripción de la vida conventual, a la que la marquesa Calderón declara particular inclinación. Contra la prohibición general del ingreso, se le concede permiso de visitar el suntuoso convento de la Encarnación, edificio que más le parecía un palacio que un convento. Los soberbios corredores, patios, jardines y templo donde monjas podían vivir como nobles princesas, le hacen considerar que: “El pecado más extendido en un convento parece ser el de la soberbia, la soberbia que remeda la humildad”.<sup>43</sup>

Los conventos coloniales que permanecieron en las primeras décadas de vida independiente eran complejas comunidades financieras, ideológicas

<sup>41</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, pp. 167-168.

<sup>42</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 138.

<sup>43</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 106.

y religiosas.<sup>44</sup> Según el tipo de orden que se tratara (de mayor o menor austeridad: religiosas *calzadas* o *descalzas*), solicitaban de sus novicias al profesar una dote para formar capitales que sostuvieran la vida conventual. Al interior de cada convento, además de las monjas había un crecido número de niñas educandas y sirvientas legas, que posibilitaban a sus amas una vida de cierto solaz que difícilmente podían contar en el *mundo*.<sup>45</sup> La visita fugaz a esta comunidad es minuciosamente descrita por Frances: su edificio, sus habitantes y objetos devocionales. Al final del recorrido le ofrecieron un suculento refrigerio, lo que formaba un cuadro de lujo y confort mundano, “que no puede estar de acuerdo con el verdadero espíritu cristiano”.<sup>46</sup>

Las monjas más antiguas, señorialmente vestidas, ocupaban los demás sillones, y parecían estatuas esculpidas en piedra. Una jovencita, algo así como una *pensionnaire*, trajo una arpa sin pedales, y mientras disertábamos acerca de los pasteles y de los helados, cantó muchas baladas con mucha amenidad. Las madres más ancianas ayudaban a servirnos, pero no probaban nada. Las monjas más jóvenes y las novicias, se sentaron *à la turque* sobre una estera, y formaban el conjunto más pintoresco y singular que jamás se haya visto.<sup>47</sup>

Tales cuadros de oriental indolencia y relajamiento entre las religiosas que ya habían tomado los votos, contrasta con la cruda descripción del ordenamiento de varias monjas, el cual es nombrado como “inmolación”. La aguda crítica a tal práctica religiosa puede provenir de la visión protestante que poco acepta el boato católico-romano,<sup>48</sup> o bien le rechaza de

<sup>44</sup> Las medidas liberales de la Reforma transformaron profundamente estas instituciones eclesiales, sus crecidos capitales y su extensa propiedad inmobiliaria.

<sup>45</sup> Un atisbo al universo de la clausura novohispana se ha hecho a través de la atractiva figura de Sor Juana Inés de la Cruz, de la orden de las jerónimas calzadas. El ingreso a la comunidad conventual le permitió la exclusiva dedicación a la vida intelectual en el universo cerrado del claustro, donde podía tener libros, instrumentos musicales y astronómicos. Ello hubiera sido muy arduo en la vida mundana sin la estructura física e ideológica que el convento le reportó.

<sup>46</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 106.

<sup>47</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1997, p. 107.

<sup>48</sup> ORTEGA Y MEDINA, 1955.

plano. Asimismo puede manifestar inconformidad ante el “sacrificio” de mujeres jóvenes a la vida conventual.

La observancia y participación de la marquesa Calderón de la Barca en la vida mexicana, que abarca fiestas y saraos, devociones religiosas, usanzas alimentarias y familiares, es un rico calidoscopio no igualado por otro libro de viaje a México, difícil de sintetizar en pocas líneas como éstas, que buscan sobre todo analizar sus recursos y objetos discursivos. Asimismo queremos relacionarle con una obra semejante, la de otra viajera del México decimonónico, similar por pertenencia genérica, pero distinta por recursos y alcances existenciales y textuales.

## 8. UNA VIAJERA AUSTRIACA

Paula Kolonitz arribó tres décadas después que *madame* Calderón como parte del séquito de los impuestos Maximiliano de Habsburgo y Carlota Amalia de Bélgica. Las circunstancias históricas todas se habían modificado: tanto las de México envuelto en una guerra civil entre los bandos conservador y liberal, como la de los viajeros monárquicos que esperaban encontrar un recibimiento diferente al que hallaron.

Kolonitz escribió la obra *Un viaje a México en 1864*, donde registra sus impresiones desde la salida de Miramar, el obligado viaje marítimo y el arribo a México donde permaneció menos de seis meses en un momento histórico particularmente cruzado por contradicciones nacionales e internacionales. De todas ellas, las que alcanzaba a entender y las que confusamente se le presentaban, da constancia Kolonitz, reflexionando sobre el papel que el Segundo Imperio de Maximiliano tendría para el país, de las bondades que le reportaría en medio del caos político y económico en que éste se encontraba tras años de luchas intestinas. Era de raigambre monárquica y conservadora, y sus juicios tuvieron el alcance del escaso conocimiento de la actualidad sociohistórica mexicana.<sup>49</sup>

<sup>49</sup> La viajera conoció algunas obras sobre México, como la de Humboldt y Prescott, que le acercaron a la antigüedad mexicana, pero no a su problemático presente. VERNIER, 1989, p. 41.

El fugaz Segundo Imperio fue descrito por la Kolonitz con la intención manifiesta de quien era parte de la empresa y estaba convencida de su bondad. Recordemos que el grupo de conservadores mexicanos que propuso a Maximiliano el trono de México le hizo creer que miles de compatriotas le solicitaban ser su soberano, para así superar el triste estado de pobreza, guerra y anarquía que se vivía. Observemos algunas de las autoafirmaciones:

La multitud no se cansaba de pedirnos informes sobre la pareja imperial y sus cualidades físicas y morales. Todos se decían gratísimos, reconocidos porque el emperador y la emperatriz habían abandonado su país natal, su familia, y atravesado los mares en un largísimo viaje para reinar en una nación que una serie de desventuras, de guerras civiles, de cadenas de engaños, de codicia y de avaricia, habían precipitado en la más profunda corrupción; donde los habitantes habían perdido no sólo las virtudes morales sino hasta el concepto de las buenas costumbres y la honestidad. Con una resignación y un juicio muy característico, y que tenía algo de doloroso, decían de sí mismos que entre ellos no había más que ladrones y pícaros.<sup>50</sup>

## 9. LA FUERZA DEL GÉNERO

La obra de Paula Kolonitz se organiza como un diario de viaje, según el recorrido espacio-temporal que la autora va realizando de su salida de Miramar a su llegada a México. La permanencia en la ciudad capital y las visitas a las zonas cercanas de interés, donde no podían faltar Pachuca y Real del Monte, los célebres motivos mineros de México. Como otras viajeras, la exploración y el movimiento, además de ser exterior es íntimo, de manera que la autora frecuentemente habla de su persona, del descanso hogareño, del escaso equipamiento casero en México, de las actividades cotidianas, consignadas con horarios precisos, tanto en la travesía marítima como en la estancia en México:

Poco a poco me había esforzado, mi coraje se había impuesto y ahora podía leer o trabajar, y mejor de lo que yo esperaba me encontré en altamar. La temperatura había sido fría hasta el Trópico de Cáncer. Ahora después de haberlo pasado, el calor

<sup>50</sup> KOLONITZ, 1976, p. 76.

sólo era insoportable dentro del camarote. Sobre cubierta, en los días de calma y en los que soplaba la brisa favorable, una tienda nos protegía del ardiente sol y un aire puro y suave nos envolvía. Ahora también la emperatriz abandonaba su graciosa cabina donde asiduamente leía y escribía y en cubierta hacía sus paseos continuando al aire libre sus ocupaciones.<sup>51</sup>

Dentro de sus objetos de interés destaca la naturaleza mexicano-americana por sobre otros motivos, ya fueran costumbristas, históricos o políticos. Ello es resultado del influjo romántico que además de ver a lo *natural* como *hermoso*, le adjudicaba caracteres míticos, melancólicos, degradados o decadentes.<sup>52</sup> Así, la naturaleza adquiriría *vida*, se tornaba una especie de ser animado:

El paseo es una larga avenida compuesta de cuatro filas de árboles malváceos estropeados y tristes. Para los jinetes y para los peatones tiene a los lados caminos escabrosos y desiguales. En medio se encuentran dos plazas redondas, con fuentes en las cuales se han colocado estatuas que tienen todo, menos belleza. A la derecha y a la izquierda se extienden pantanosos prados donde pastan las bestias. Están divididos por ubérrimos caminos, uno de los cuales conduce al castillo de Chapultepec, que surge sobre una colina y domina todo el valle. *Una mano artística y ordenada* podría hacer que este paseo actualmente desarreglado, venciera sólo por su magnificencia a todos los jardines públicos, a los bosques, a los parques de nuestras capitales [...] Aquí la grandiosa naturaleza crea y da de todo.<sup>53</sup>

Estas líneas dedicadas a la Alameda, parque central de la ciudad de México, evidencian la estetización negativa de la naturaleza americana, tributaria del romanticismo que podía realizar similar formación ideológica pero en positivo, de los *hermosos* bosques, acantilados y castillos europeos. Con frecuencia dicha estetización de lo natural americano se acompañaba de un demérito de lo social, de los mestizos e indígenas considerados *degradados*, *sucios*, *indolentes*. Debe considerarse que tal visión demeritante no era exclusiva de la glosa de América y lo-americano. Era

<sup>51</sup> KOLONITZ, 1976, p. 21.

<sup>52</sup> KOLONITZ, 1976, p. 42.

<sup>53</sup> KOLONITZ, 1976, pp. 102-103.

un elemento presente en la cultura imperial<sup>54</sup> que en general configuraba positivamente las realidades metropolitanas (fueran inglesas, francesas, austriacas o españolas) frente al demérito o rechazo de lo colonial, *lo-otro*, las realidades no europeas: es decir, el resto del mundo. Obsérvese la apreciación de Kolonitz sobre los naturales de la isla de Madera.

En general, si hay alguna cosa que desentone con este reino florido es el propio hombre. Los indígenas son una muestra funesta de todo lo que es degradación moral y física; y con sus gorritos rojos, los cuales sólo les cubren la extremidad de la cabeza, se parecen tanto a los monos que el contraste con la maravillosa y poética naturaleza es desconsolador.<sup>55</sup>

Los juicios elaborados para hablar de los indígenas mexicanos siguen una tónica similar. Pero además de contrastarles con el mundo natural, se les comparaba desventajosamente con los ancestros que construyeron el esplendor de las civilizaciones antiguas, pues se consideraba que entre unos y otros no existía ninguna relación, que la degradación de los indios del presente nada tenía que ver con aquéllos capaces de construir monolitos gravados o ciudades fastuosas.<sup>56</sup>

Comparando los textos de las dos viajeras apreciamos una diferencia importante en los momentos históricos que ambas vivieron. Por ejemplo, el distinto estado de las instituciones coloniales (entre las que destacaban las religiosas) y la personal apreciación de *madame* Calderón, lo que evidenciaba su concepción del periodo colonial. Mientras la Kolonitz pudo percibir los efectos de las medidas de la Reforma que dismantelaban institutos religiosos tan fastuosos y grandes como el convento franciscano, Frances todavía pudo apreciar el poder y fasto de la Iglesia mexicana en la década de 1840.

Paula Kolonitz veía el pasado colonial mexicano ya con el lente infamante que la historiografía mexicana acentuaría en las décadas finales del siglo. El creciente influjo norteamericano sólo le merecía consideración

<sup>54</sup> SAID, 1996.

<sup>55</sup> KOLONITZ, 1976, p. 36.

<sup>56</sup> Tesis que sostuvo Prescott respecto a mexicanos y egipcios, cit. por KOLONITZ, 1976, pp. 117-118.

en relación con el régimen francés que sostenía a Maximiliano. En ese complejo juego de fuerzas internacionales, la presencia cultural de España se iba desvaneciendo frente al expansionismo de Napoleón III, la guerra de secesión de Estados Unidos, y sobre todo, la batalla que los mexicanos conservadores y liberales peleaban pueblo por pueblo. En muy poco tiempo, por la combinada acción de las luchas internas y externas, el régimen impuesto de Maximiliano y Carlota perdió sus sostenes. Los liberales en cambio fueron ganando posiciones mientras las fuerzas francesas abandonaron el país a instancias de los pedimentos norteamericanos, que una vez terminada la guerra de secesión, no podían “tolerar” que Europa interviniera en asuntos de una república americana *amiga*.

El testimonio de Kolonitz no alcanzó a plasmar el trágico final de la *pareja imperial* en México. La vana empresa de Carlota Amalia que salió de México buscando hacer cumplir el apoyo francés a su causa. El fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo —el conservador que resultó más liberal que sus contendientes liberales—, quien al venir a México renunció a sus derechos reales en Austria. En fin, el término de una de las empresas coloniales más estrambóticas y trágicas que buscó instalar un imperio a distancia sobre una república en ciernes.

## CONCLUSIONES

Quisiéramos que estas palabras, mas que de clausura fueran una apertura al interés del lector de realizar su propia lectura de textos de viajes en general, y de los escritos por mujeres en particular. La obra de las viajeras nos ofrece perspectivas y constructos de interés para conocer no sólo sus juicios sobre las sociedades que las recibieron, sino la forma de concebir la empresa imperial, así como su particular inclusión en la misma. La alternancia de perspectivas diferenciadas en los discursos de las viajeras nos permite encontrar similitudes entre las obras de las que llegaron a países americanos y las que tuvieron como destino entornos africanos o asiáticos.

En la doble tensión entre la interpretación del devenir sociohistórico de las sociedades de destino (el México de la primera mitad del siglo XIX) y la manera como se forma y comunica el propio testimonio, enriquecido con otras voces, es donde, nos parece, radica el valor de la obra de

Frances Erskine Inglis de Calderón de la Barca. *La vida en México* nos permite atisbar no solo al *objeto* de conocimiento, el país en formación, sino al *sujeto* que consigna por escrito dicho proceso cognoscitivo, en una deleitosa forma epistolar que le ha valido gran reconocimiento historiográfico y literario.

La obra de Calderón de la Barca comparte muchas características con otras viajeras-escritoras del orbe occidental, en su atención alterna de los espacios público y privado, los ritmos y modos de la cotidianidad, así como el propio papel de observación. En tal campo puede ser relacionada con la obra de Paula Kolonitz, comparación en la que resaltan los escasos esfuerzos empáticos de la segunda por comprender un orbe cultural contrastante con el propio. Adicionalmente, esta última obra manifiesta de forma más clara la visión metropolitana de la civilidad/refinamiento europeo sobre el salvajismo/degradación de las sociedades colonizadas.

Consideramos que la lectura realizada de las obras de Calderón y Kolonitz puede contribuir a develar apasionantes objetos y perspectivas de análisis en el extenso *corpus* de literatura de viajes en México, no sólo para enriquecer el conocimiento de diferentes horizontes históricos, sino para entender las formas en que determinados tópicos y problemas son referidos y representados en la incesante interpretación de la cultura occidental.

## BIBLIOGRAFÍA

ARROM, Silvia M.

1988 *Las mujeres de la ciudad de México. 1790-1857*, Siglo XXI, México.

CALDERÓN DE LA BARCA, Frances E.

1997 *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, col. Sepan cuantos..., núm. 74, Porrúa, México.

CASTELLANOS, Rosario

1984 *Mujer que sabe latín*, FCE, México.

DIENER, Pablo

1996 "El perfil del artista viajero en el siglo XIX", en *Viajeros europeos del siglo XIX en México*, Fomento Cultural Banamex/Casa de América/Aeroméxico/Comisión Europea/Coronita Cerveza, México.

DURAN, María-Ángeles

2004 "Liberación y utopía. La mujer ante la ciencia" [[www.creatividadfeminista.org](http://www.creatividadfeminista.org)].

MUJERES VIAJERAS

- GARGALLO, Francesca  
2004 *Ideas feministas latinoamericanas*, Universidad de la Ciudad de México, México.
- GUNN, D. Wayne  
1985 *Escritores norteamericanos y británicos en México*, SEP/FCE, México.
- HALE, Charles  
1999 *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, Siglo XXI, México.
- HUMBOLDT, Alejandro de  
1991 *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Porrúa, México.
- KOLONITZ, Paula  
1976 *México en 1864*, col. SEP/70, núm. 291, SEP, México.
- LAMAS, Martha  
2006 *Feminismo. Transmisiones y retransmisiones*, Taurus, México.
- LAU JAIVEN, Ana  
1998 “Retablo costumbrista: vida cotidiana y mujeres durante la primera mitad del siglo XIX mexicano según los viajeros anglosajones”, en Regina Hernández Franyuti (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, t. II: *Gobierno y política/Sociedad y cultura*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.
- MORATÓ, Cristina  
2001 *Viajeras intrépidas y aventureras*, Plaza y Janés, Barcelona.
- ORTEGA Y MEDINA, Juan Antonio  
1955 *México en la conciencia anglosajona*, Antigua Librería Robredo, México.  
1991 “Estudio preliminar”, en Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Porrúa, México.
- PERUS, Françoise (comp.)  
1997 *Historia y Literatura*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/UAM, México.
- POBLETT, Martha (comp.)  
1992 *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, Gobierno del Estado de Veracruz, México, 11 ts.  
2000 *Viajeros en el siglo XIX*, Conaculta, México.
- PRATT, Mary Louise  
1997 *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Universidad de Quilmes, Buenos Aires.
- PUMAR, Carmen  
1991 *Españolas en Indias. Mujeres-soldado, adelantadas y gobernadoras*, Biblioteca Hispanoamericana, México.

- RAMÍREZ, Fausto  
 1982 “La visión europea de la América tropical. Los artistas viajeros”, en Jorge A. Manrique (coord. gral.), *Historia del Arte mexicano*, t. 10, SEP/INBA/Salvat, México.
- SAID, Edward W.  
 1996 *Cultura e Imperialismo*, Anagrama, Barcelona.  
 2002 *Orientalismo*, Debate, Barcelona.
- SARTORIUS, Carl Christian  
 1990 *México hacia 1850*, Conaculta, México.  
 1995 *México y los mexicanos*, San Ángel Editores, México.
- TEIXIDOR, Felipe  
 1997 “Prólogo”, en Frances E. de Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, col. Sepan cuantos..., núm. 74, Porrúa, México.
- TRABULSE, Elías  
 1996 “Introducción”, en *Viajeros europeos del siglo XIX en México*, Fomento Cultural Banamex/Casa de América/Aeroméxico/Comisión Europea/Coronita Cerveza, México.
- VERNIER, Martha  
 1989 “México para extranjeros”, *Estudios. Filosofía, Historia, Letras*, ITAM, México, otoño, núm. 18, pp. 37-45.